

XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2025.

La práctica analítica en la actualidad.

Otero, Vanesa.

Cita:

Otero, Vanesa (2025). *La práctica analítica en la actualidad. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/405>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/ZXK>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA PRÁCTICA ANALÍTICA EN LA ACTUALIDAD

Otero, Vanesa
Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Este trabajo fundamentalmente se propone desarrollar las particularidades de la clínica psicoanalítica para distinguirla de las terapéuticas. En adelante, se desarrollarán los pilares que la distinguen de otros métodos partiendo de las bases de éste propuesto por Freud, lo que ha tomado y ha modificado Lacan y las características que esto tiene en la actualidad.

Palabras clave

Práctica analítica - Actualidad - Deseo del analista - Fin de análisis

ABSTRACT

THE ANALYTIC PRACTICE NOWADAYS

The following investigation will develop the main characteristics of the psychoanalytic practice in order to distinguish it from other therapeutic practices. The bases proposed by Freud will be enumerated and described, as well as what Lacan has taken and modified. Finally, the characteristics of the method nowadays will be mentioned and analysed.

Keywords

Analytic practice - Nowadays - Desire of analyst - End of analysis

Este trabajo se propone destacar lo que distingue al Psicoanálisis lacaniano de las psicoterapias o abordajes psicológicos, para poder subrayar su eficacia. Esto es poder analizar qué efectos tiene el Psicoanálisis como método para la cura. Especialmente, se propone distinguir las características del método, más particularmente, las que hacen que sus resultados no puedan ser alcanzados de otro modo.

Desde muy tempranamente, el Psicoanálisis lacaniano estuvo presente en los diversos espacios de atención de salud mental, públicos y privados, atravesando las paredes de los consultorios. Esto trajo discusiones diversas, poniendo como objetivo de estudio una vez más sus conceptos fundamentales a la vez que la ineludible elucidación de sus efectos, más aún en ámbitos diversos de atención.

Este movimiento, a la vez, amplía el campo de intervención del Psicoanálisis. Así, la clínica puede llegar a sectores a los que no llegaba. Y esto reactiva una discusión que proviene de larga data y tiene que ver con la esencia del Psicoanálisis.

De este modo, este trabajo se propone indagar cuáles son los conceptos troncales que definen a la práctica psicoanalítica en la actualidad y qué es lo central o basal que la diferencia de otras prácticas terapéuticas. Más aun, se propone hacer un

aporte al ejercicio de precisar qué distingue a la clínica psicoanalítica de la orientación lacaniana.

La práctica analítica no puede tomar distancia de las características de la época ni de las subjetividades en la que se desarrolla. Y, desde Freud hasta esta parte, hemos asistido a cambios y movimientos sociales consecuentes.

Para Freud, es el analista quien tiene el deber de conducir la cura. Para ello, destacó como pivote al manejo de la transferencia. La transferencia, efecto directo del hecho de que el sujeto dirige el hablar a Otro, lo que Freud llamaba “la figura del médico”, es pensada por Freud como repetición de los clisés, de las reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías y la sustitución de una persona por la figura del médico. Vía la transferencia se hace actual un conflicto pulsional latente.

Para Lacan, la identificación a un ideal de psicoanalista lleva a la irracionalidad. Se fundamentará que esta es la razón por la cual Lacan propone como operador al deseo del analista, y, así responde al problema de la identificación a un ideal como formación del analista. De este modo, el deseo del analista se sitúa en una coyuntura de segregación emergente de identificación ideal al líder.

Para especificar la ética del psicoanálisis, Lacan interrogó el destino de la pulsión al final del análisis. Pregunta que sigue siendo orientadora en la práctica analítica actual. Esto lo ha llevado (y continúa hasta nuestros días) a cuestionar constantemente el final del análisis.

La práctica analítica depende en última instancia de la formación del analista y ésta se encuentra intrínsecamente vinculada con la concepción del final del análisis. De esta manera, Lacan designa al deseo del analista como una función esencial y afirma que se desprende de la formación del analista. Esta es, por sobre todas las cosas, su propia experiencia del análisis y el control. El analista sólo por el hecho de haberle dado varias vueltas a la pulsión en el recorrido de su análisis puede poner a jugar el deseo del analista en la cura que dirige.

La cuestión de la particularidad del método psicoanalítico se remonta desde sus orígenes y tiene su fundamento principal en el deseo decidido de Freud, quien no dudó en aplicar su método en el caso Katharina (la joven que conoció mientras vacacionaba por un monte retirado de los Hohe Tauern, pretendiendo olvidarse un poco de la Medicina y de las neurosis). De vacaciones y fuera del consultorio demuestran su pasión por escuchar qué enfermaba o, más bien, qué angustiaba a sus pacientes. El fracaso de licenciarse también da cuenta de cuán comprometido estaba con la cuestión. A su vez, su total desinterés o

su habilidad por poder prescindir de un encuadre que podría llamarse “adecuado” dan lugar a nuevos interrogantes respecto de las particularidades del método.

Freud precisa una indicación, un deber para el analista en la conducción de una cura. Esta misma será posible vía la abstinencia del psicoanalista. Lo postula como decisivo, como supremo, como un fundamento que debe funcionar como autoridad absoluta para el psicoanalista, una regla que estará dada desde el comienzo de un psicoanálisis. Así, tendremos en el inicio de un análisis la enunciación de la regla fundamental para el enfermo y la atención flotante y su posición abstinente para el analista. La regla de abstinencia es puesta por Freud en relación directa con la conformación de la enfermedad y el proceso de recuperación del paciente. Es un principio soberano para el psicoanalista, pero que ubica sus fundamentos en el enfermo. La enfermedad tiene que ver con la regresión que una perturbación exterior ejerce a los lugares de fijación producidos en la historia evolutiva de la libido (que va del autoerotismo a la elección de objeto). El yo debe mediar entre su ello y el mundo exterior, estando siempre al servicio del principio de placer. Es por esto que dispondrá de mecanismos de defensa (tales como la represión recién desarrollada) frente al ello cada vez que entienda que la satisfacción de la pulsión lo conlleve a un conflicto con el mundo exterior. Ubica Freud una repugnancia por parte del yo hacia ciertas orientaciones de la libido.

Es en este punto que la pulsión es reprimida y esta represión tiene como efecto su retorno, el retorno de lo reprimido. Será en este retorno que la pulsión encontrará ahora su nueva satisfacción. Esto ubicará a dicha pulsión y a la fijación de su destino, como pulsión traumática para el yo.

De esta manera, Freud plantea a la enfermedad como causada por un factor cuantitativo, dado por la relación establecida entre la robustez de la pulsión y la robustez del yo. Una perturbación exterior podría producir el regreso a los lugares de fijación del desarrollo libidinal ocasionando (por el conflicto con el yo que esto provoca) la contracción de la enfermedad. Así, la enfermedad se tratará de una perturbación pulsional, o sea, de un yo alterado perjudicialmente por la intensidad y la modalidad de satisfacción de las pulsiones.

La persona tendrá que vérselas a lo largo de su vida con una modalidad adquirida para el manejo de sus pulsiones. Esta particularidad se ejercerá de manera inconsciente.

La transferencia se trata de que toda la libido del enfermo y su resistencia, el clisé recién mencionado, convergen ahora en la relación con el psicoanalista. Esto produce que los síntomas queden despojados de libido. Se crean nuevas versiones de conflicto pulsional, esta vez sobre la figura del analista; el paciente querría comportarse con la modalidad que ha adquirido, pero esta vez el psicoanalista tiene la posibilidad de hacer que decida sobre este conflicto de manera diferente.

A partir de esto, puede plantearse que las dificultades en la cura provienen de la exigencia de satisfacción pulsional que se hace

presente solamente en acto. Vía la transferencia se ha hecho actual un conflicto pulsional latente. El pasado infantil, como momento original, como clisé de la satisfacción pulsional, no cesa de repetirse, y se repetirá de hecho en la cura, sobre la figura del analista. Freud desarrolla esto en “Recordar, repetir y reelaborar”. Allí propone a la compulsión a la repetición del enfermo como el inicio de la cura, puesto que al poner en acto los conflictos pulsionales dará la posibilidad al psicoanalista de esta vez obligar al paciente a tomar una nueva decisión frente al manejo de los mismos.

La transferencia es propuesta por Freud como parte de esta repetición. De esta manera, Freud plantea al manejo de la transferencia por parte del analista como el único modo de maniobrar sobre la compulsión de repetición y así dar lugar a que emerja el recordar. Más aun, es el particular modo de manejar la transferencia lo que distingue al psicoanálisis de la sugestión y de otras terapéuticas.

Lacan, en el Seminario 11, seminario que llamó, y no por casualidad, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, retoma la cuestión de la formación del analista. Llega a afirmar que esta ha sido siempre la razón última de su enseñanza. Respondiendo a esto, al instante de concluir, retoma la pregunta por el fin del análisis (tanto en el sentido de la conclusión como de los objetivos que éste se propone) para lo cual, desde esa perspectiva, distingue al psicoanálisis de otros métodos, tomando a la hipnosis como modelo.

La hipnosis, la sugestión, el reforzamiento del yo, han sido métodos que antes, durante y después de Freud fueron fuente de inspiración para el surgimiento y distinción del método psicoanalítico. Se profundizará en estas diferencias para precisar lo distintivo del psicoanálisis.

En “La dirección de la cura y los principios de su poder” Lacan plantea que, por la vía de la transferencia, el sujeto no puede hacer otra cosa más que demandar ante la figura del analista. El sujeto demanda por el sólo hecho de ser hablante. Esta demanda no tiene objeto, es radical. Puesto que el objeto no deja de ser significativo. Razón por la cual puede tenerlo y puede perderlo, puede preservarlo o puede destruirlo. De ahí que también puede demandarlo. En este punto, la identificación (acto psíquico constitutivo del Yo) juega un papel fundamental. Es la operatoria por la cual las necesidades del sujeto pasan a ser valores de intercambio y ocupan un lugar fundamental en el fantasma en tanto objeto. El deseo del analista, como respuesta a la transferencia, opera sobre esto.

El analista opera sobre el ser, advertido por su propio análisis de las desgracias del ser. Su propio análisis no lo hace un hombre feliz ni lo lleva a buscar al hombre feliz, sino que más bien lo advierte de las desgracias del ser. En este punto, la indicación de Lacan es integrar las conquistas de Freud con relación al deseo y desde ahí plantea la ética del psicoanálisis. Así, en “La dirección de la cura y los principios de su poder” Lacan afirma que “está por formularse una ética que integre las conquistas

freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista.” (Lacan, 1958, 1996, pág. 595)

Esto significa entonces que el analista no se propone como semejante, sino como Otro. Esa disimetría angustia al sujeto. Es una disimetría que se instala con la regla fundamental de la asociación libre. “El analista es el hombre a quien se habla y a quien se habla libremente. Está ahí para eso” (pág. 596).

Sin embargo, se trata de una libertad condicional. El analista invita al sujeto a hablar. Así, el analizante despliega su cadena asociativa en la cual, entre los significantes emerge la palabra plena. El sujeto queda entonces dividido entre significantes, angustiado por la emergencia de una verdad inesperada. En este punto, lejos de tratarse del pleno gozo de la libertad de hablar, en el análisis se produce una frustración.

Lacan plantea que es el analista quien frustra al hablante, al analizante. Explica que el analizante, por el solo hecho de hablar, demanda. Pero es una demanda sin objeto. Dice: “Esas palabras, no me las pide. Me pide..., por el hecho de que habla: su demanda es intransitiva, no supone ningún objeto.” (pág. 597) Entonces, por una vía regresiva en la cadena significativa, se accede a una demanda radical, a una demanda sin objeto. El analista toma el relevo del Otro a quien el sujeto le demanda por el solo hecho de ser hablante.

La cuestión de la transferencia, en este punto es crucial. Es por la vía de la transferencia que se instala la lógica amorosa. Siguiendo a Freud, Lacan retoma el hecho de que la transferencia es transferencia de amor. Y define al amor como “dar lo que no se tiene” (pág. 598). Entonces, el sujeto, sólo por el hecho de hablar cumple con la única y fundamental regla analítica, que es la asociación libre y demanda al analista. Dirige a él una demanda sin objeto, espera por la vía del amor de transferencia, que el analista le dé esa nada. Así, la transferencia reproduce esa demanda radical. En términos de Lacan: “el analista da sin embargo su presencia (...) su acción de escuchar (...) condición de la palabra. (...) Así, el analista es aquel que apoya la demanda, no como suele decirse para frustrar al sujeto, sino para que reaparezcan los significantes en que su frustración está retenida.” (pág. 598)

Esa demanda radical, la demanda más antigua, que se reproduce vía la transferencia en el análisis, conduce al sujeto a la identificación primaria. La identificación con el analista es para Lacan identificación con significantes en los que se articula la demanda del sujeto. El analista no satisface esa demanda. Para responder a la demanda, cuenta con su presencia en la transferencia. El analista presta su presencia a la partida transferencial propuesta por el analizante. De esta manera, Lacan afirma que “El deseo es lo que se manifiesta en el intervalo que cava la demanda más acá de ella misma, en la medida en que el sujeto, al articular la cadena significativa, trae a la luz la carencia de ser con el llamado a recibir el complemento del Otro, si el Otro, lugar de la palabra, es también el lugar de esa carencia.” (pág. 607)

El deseo del analista habilita esta operación. En esto desemboca Lacan cuando anuncia una ética que recabe toda la teoría freudiana en relación al deseo y cuando manifiesta que “hay que tomar el deseo a la letra” (pág. 600). Freud parte del sueño como cumplimiento de deseo. Luego se corrige y dice que el sueño es un intento de cumplimiento de deseo. Se trata de un deseo de deseo, de un deseo que se articula siempre en un discurso, en la cadena significativa. Por lo tanto, el deseo es metonímico, se desplaza entre significantes. De ahí, su cualidad de insatisfecho y la expresión lacaniana de “arroyo del deseo” (pág. 603). Así, afirma Lacan que “el deseo es la metonimia de la carencia de ser.” (pág. 602).

La idea de Lacan es que el análisis conduce al sujeto a reconocerse en el discurso significativo como deseante. De ahí que plantea que “El deseo no hace más que sujetar lo que el análisis subjetiviza.” (pág. 603) Entonces la identificación primaria que se produce en el análisis se trata del reconocimiento por parte del sujeto de la estructura del deseo. No se trata de la asunción de las insignias del otro, en ese caso del analista. Sino de reconocer en él, en el lugar que deja vacante al no responder a la demanda, al ocupar el lugar del Otro del lenguaje, “la estructura constituyente de su deseo” (pág. 608). Así la demanda evoca la carencia del ser y el deseo “se afirma como condición absoluta” (pág. 609). Y esto por efecto del lenguaje, de la cadena significativa que la escucha vía el deseo del analista permite que se despliegue.

El poder de la cura radica en la articulación de la radicalidad de la demanda, su incondicionalidad, con la condición absoluta del deseo. La pulsión resulta afectada por el hecho de que la demanda queda articulada en la regresión en la cadena significativa por la vía de la asociación libre. Pero en este punto Lacan sanciona como “torpeza del analista” (pág. 615) confundir, sujetar el deseo del analizante a los objetos -que son significantes- de la demanda. Esto, siguiendo a Lacan, es reducir la transferencia a la sugestión.

No se trata de reducir la demanda a las necesidades que le dieron origen o de las que el sujeto ha tomado sus significantes. En este punto, Lacan orienta hacia retomar la definición que hace Freud de identificación, el segundo tipo de identificación que ubica en “Psicología de las masas y análisis del yo”, la identificación al rasgo. Esta no se trata de la identificación con el significativo de la demanda, sino que se trata de la identificación con el objeto de la demanda de amor.

Acá lo importante para comprender esta distinción es subrayar que se refiere a la demanda de amor, o sea, a la demanda de lo que no se tiene. Se trata de ubicar a la demanda en una posición tal que lo confronte con su deseo. Plantea Lacan que “Aquí se encuentra el *exit* que permite salir de la sugestión, la identificación con el objeto como regresión, porque parte de la demanda de amor, abre la secuencia de la transferencia, (la abre, y no la cierra), o sea el camino donde podrán denunciarse las identificaciones que, deteniendo esta regresión, le marcan

el paso. Pero esa regresión no depende de la necesidad de la demanda.” (pág. 615)

También en el texto freudiano “Psicología de las masas y análisis del yo” Lacan encuentra las coordenadas para iluminar este aspecto. Se sirve del tercer tipo de identificación que puntúa allí Freud, la identificación histérica. Lo que ella demuestra, por medio del ejemplo de las chicas del internado (esa chica que recibe la carta de su novio en la cual él la deja, ella llora y las otras internas se contagian el llanto) es que no se trata de reducir la demanda al objeto. La dirección de la cura no es darle al sujeto el objeto de su demanda (tal como sería darle a Dora el Señor K, o a Elizabeth von R a su cuñado, etc.) sino que más bien se trata de dar cuenta vía la transferencia y el deseo del analista, que la demanda tiene como sostén, como soporte, al deseo con su cualidad de deseo de deseo.

Para distinguir al psicoanálisis de la ciencia (y también de la religión) Lacan señala que nadie se pregunta, nadie se interesa, acerca del deseo del científico, del físico, por ejemplo. Se trata de una pregunta que remite directamente a la ética. Los cuestionamientos emitidos por J. R. Oppenheimer darían cuenta de ello. Así como el hábito no hace al monje, citando al refrán popular, el deseo del científico no hace a la ciencia. Sin embargo, Lacan en el Seminario 11, cuando desarrolla los conceptos fundamentales del psicoanálisis (inconsciente, repetición, transferencia y pulsión) se pregunta cuál es el deseo del analista que hace a la posibilidad de un psicoanálisis.

Se trata de una pregunta crucial para Lacan necesaria para adentrarse en la cuestión de la formación del psicoanalista. La formación del analista es un problema, siguiendo a Lacan. También ha sido un problema para Lacan, ya que ha sido lo que lo separó de la comunidad de analistas de su época, a la vez que le habilitó la posibilidad de orientar su propia lectura.

En este sentido, siempre hay deseo del analista. Lo importante en este aspecto es descualificar cual es la operación conveniente del mismo. Así, se pregunta “¿Qué ha de ser del deseo del analista para que opere de manera correcta?” (Lacan, Seminario 11, 1964, 1984, pág. 17) A diferencia de la ciencia, dar respuesta a esto es necesario para la formación del analista, o sea, para responder qué es el psicoanálisis.

A tal punto que Lacan explica en este seminario que su pretensión en el seminario llamado “inexistente” era cuestionar el origen del psicoanálisis. Esto implica interrogar el deseo de Freud, cuál fue el deseo que le permitió a Freud ahondarse en la experiencia del inconsciente. Y para ello, Lacan considera que es necesario pluralizar el Nombre-del-Padre. Así empieza a vislumbrarse que la idea de Lacan es que para que el deseo del analista opere de manera correcta es necesario ir más allá del Nombre-del-Padre, al menos primeramente en el sentido de haber ido más allá del Nombre-del-Padre en la experiencia del propio análisis. Adentrarse en la experiencia del inconsciente es someterse a la égida del Nombre-del-Padre. Pero cernir la lógica del deseo y atravesar el fantasma aislando su gramática y

su objeto resto, es pasar del Nombre-del-Padre a los Nombres-del-Padre en plural. Freud mismo va más allá del deseo de la histérica. Ya en Freud, Lacan lee que se trata del deseo como objeto más que del objeto del deseo. Es lo que quedó demostrado en la lectura de El banquete trabajada en el capítulo anterior. En este punto la transferencia puede ser (tal como Freud lo había advertido) un obstáculo al tratamiento. Es necesario que la transferencia sea más bien una puesta en acto de la realidad del inconsciente. Para que no se trate de un obstáculo, de una repetición que vuelve siempre al mismo lugar, es necesario que la transferencia no sea la puesta en acto de una ilusión, que no se trate de poner al analista en el lugar del Ideal del yo.

El Otro es el lugar donde el sujeto se constituye como yo ideal. El sujeto se ve como imagen real de su propio cuerpo en el campo del Otro. Pero el punto desde donde se mira, que también está en el campo del Otro, es el punto desde donde habla. Esto hace que la construcción de su yo esté afectada por el lenguaje, a nivel del inconsciente. Entonces la construcción del yo queda así inmersa en la lógica del deseo. Aquí radica la importancia de que la transferencia no sea la repetición de la ilusión del Ideal, sino que “la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente”. (Lacan, 1964, 1984, pág. 152)

De esta manera, es función del analista sostener la incidencia del acto constituyente del sujeto del inconsciente, en tanto que el inconsciente es para Lacan aquí la realidad sexual. Lacan lee en Freud que la esencia de la pulsión es el trazado del acto. La realidad del inconsciente es sexualidad. La pulsión tiene función de montaje, entendiéndose por ello que la pulsión es lo que une las piezas dando un sentido. Es de esta manera que participa la sexualidad en la vida psíquica del inconsciente. Y en la transferencia esto se pone en acto.

Para Lacan es fundamental tener en claro que el objeto del que se trata no es el objeto de la satisfacción autoerótica de las zonas erógenas. Mientras el autoerotismo encuentra su satisfacción en el objeto, el objeto de la pulsión es un hueco. Se trata de un vacío que puede ser ocupado por un objeto cualquiera al que Lacan llama objeto a minúscula y lo caracteriza como un objeto eternamente faltante. Resulta fundamental tener presente esta característica del objeto de la pulsión. Así plantea Lacan que “El objeto a minúscula no es el origen de la pulsión oral. No se presenta como el alimento primigenio, se presenta porque no hay alimento alguno que satisfaga nunca la pulsión oral, a no ser contorneando el objeto eternamente faltante.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 187)

De esta manera, determinado por esta condición, este objeto divide al sujeto. Es por la vía del fantasma que esta relación halla su soporte. El fantasma determina al sujeto deseante y le hace de soporte. Mientras que el objeto lo divide, el fantasma hace de soporte al deseo.

Aquella característica de la pulsión la conlleva a buscar su satisfacción en el Otro, tesoro de los significantes. Es del Otro de quien el sujeto aprende lo que debe hacer como hombre o como

mujer. Es allí donde la pulsión orienta al sujeto en el campo de la realización sexual. Pero entonces no por la vía del complemento que le falta al sujeto sino por la pérdida para siempre de esta, que es lo que instaura la pulsión.

Entonces, la pulsión se escribe constantemente como demanda del sujeto. El conflicto se da entre la satisfacción de la pulsión y el yo. En este sentido, la pulsión es reprimida y esta represión tiene como efecto su retorno, el retorno de lo reprimido. Aunque éste será en otras condiciones: la pulsión reencontrará su satisfacción en el retorno del sacrificio de la sublimación represora, en el sacrificio del superyó, lo que será ofrecido como objeto al Otro para su goce.

Es esto último lo que se pone en acto en la transferencia, la realidad sexual del inconsciente. Como es en el fantasma donde hay un encuentro con la realidad sexual del inconsciente, la transferencia se trata entonces de la puesta en acto del fantasma ligado a las pulsiones sexuales. El analista, en tanto sujeto supuesto saber, encarna ese Otro, es propuesto por el sujeto para esa función.

De esta manera, por la vía del sujeto supuesto saber, la transferencia se torna un fenómeno esencial para el análisis que incluye al psicoanalista y al sujeto juntos y que envuelve al deseo. Lacan explica esto retomando el sueño de la bella carnicera citado por Freud. Es importante mencionar que el objeto del deseo es causa del deseo y este objeto causa del deseo es el objeto de la pulsión. En términos de Lacan: “no es que el deseo se enganche al objeto de la pulsión, sino que el deseo le da la vuelta en la medida en que es actuado en la pulsión.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 251)

Su condición de sujeto deseante es lo que produce que le suponga un saber al analista, a partir de lo cual se instala la transferencia. Y el efecto que la transferencia tiene es un efecto de enamoramiento, tal como había advertido Freud, haciendo de ella motor y a la vez detención de la cura. Es necesario que se instale la transferencia para que una interpretación sea posible. Pero al mismo tiempo el enamoramiento resultado de aquella cierra al sujeto al efecto de la interpretación.

El deseo del analista es la respuesta al enamoramiento efecto de la transferencia. El deseo del sujeto se encuentra con el deseo del analista. Deseo que, para Lacan, volviendo a la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, tiene más bien la forma del deseo del esclavo en el sentido de que éste no tiene derecho a hacer valer su deseo, pero lo que permanece es su indestructibilidad, es decir, su insistencia. Y, tal como se planteó anteriormente, del lado del amo, lo que se pone en juego en el amor es el objeto ágalma, señuelo.

Fundada la transferencia, el analista ocupa el lugar de objeto de esta en tanto que el sujeto le dirige su demanda. El sujeto le supone al analista una dirección hacia el deseo inconsciente. Es lo que le demanda en la formulación de su discurso. Demanda reconocer su deseo en el deseo del Otro, del analista. Plantea Lacan que “la experiencia analítica nos muestra que el deseo

del sujeto se constituye cuando ve el juego de una cadena significativa a nivel del deseo del Otro.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 243)

Lo que rige en un análisis es absolutamente el deseo del Otro (aquí Lacan señala una afinidad entre la ética analítica y la ética estoica). Es exactamente en este punto donde el deseo del analista tiene una función esencial. Dice Lacan que “El eje, el punto común de esta hacha de doble filo, es el deseo del analista, que designo aquí como una función esencial.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 243) El hecho de que el analista conozca este punto axial alrededor del cual gira lo esencial de un psicoanálisis es lo que Lacan nombra como deseo del analista y que se desprende de la formación del analista, esto es, de su propia experiencia del análisis.

Asimismo, el primer tiempo de la transferencia, el amor de transferencia implica no sólo suponerle un saber al analista, sino también la ubicación del significante privilegiado que conforma el ideal del yo en la figura del analista. Esto se pone en juego en el enamoramiento propio de la transferencia, produciendo un efecto de identificación. Esto arroja una satisfacción para el sujeto, ya que el sujeto se verá visto por el otro desde el punto del ideal del yo. Ese el punto ideal es el I mayúscula “que está en el Otro, desde donde el Otro me ve tal como me gusta que me vean.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 276). De aquí se desprende el efecto satisfactorio del enamoramiento transferencial.

El sujeto se aferra así al rasgo unario en el campo del deseo que se constituye entre el sujeto y el Otro, bajo el reino de los significantes. Eso confluye en la idealización consecuentemente, teniendo un efecto de alienación para el sujeto.

Sin embargo, en el análisis vía el proceso de separación se descubre otro objeto diferente al rasgo unario y que es el objeto a, objeto alrededor del cual gira la pulsión. El objeto a en el análisis cumple la función de separación, produciendo un distanciamiento respecto de la presentificación de la muerte acontecida a causa de la alienación al significante. Lacan lo explica tomando la afirmación siguiente que aquí es pertinente reiterar: “Te amo, pero porque inexplicablemente amo en ti algo más que tú, el objeto a minúscula, te mutilo.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 276)

Esto da lugar a la hiancia que el objeto a mantiene abierta. El sujeto demanda en el análisis, pero esta demanda no encuentra allí su satisfacción. Se encuentra con el deseo. Lacan distingue al deseo alimentario de la alimentación. Y agrega que el sujeto no colmará en el análisis sus apetitos, sino que, a lo sumo organizará el menú, con significantes... La relación que la pulsión mantiene con el objeto parcial mantendrá abierta esa hiancia.

Esto es importante ya que, a diferencia de los análisis que conducen a la identificación con el analista y de la hipnosis, la maniobra de la transferencia consiste en mantener la distancia entre el objeto a minúscula y la I mayúscula idealizante de la identificación, entre donde el sujeto se ve causado como falta

por el objeto *a* y el otro punto donde se ve a sí mismo amable. A partir de esto, Lacan brinda una fórmula: “si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del *I*, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto *a* separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 281) El hecho de que el deseo del analista sea una incógnita, una *X*, permite que el análisis se dirija a la inversa respecto del efecto de identificación. Y agrega Lacan que “Así, se lleva la experiencia del sujeto al plano en el cual puede presentificarse, de la realidad del inconsciente, la pulsión.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 282)

La ética del psicoanálisis lacaniano depende de este punto diferencial. El analista sólo por el hecho de haberle dado varias vueltas a la pulsión en el recorrido de su análisis puede poner a jugar el deseo del analista en la cura que dirige. Se advierte así la diferencia que establece Lacan respecto de la formación del analista. Es en este sentido que Lacan plantea que la formación del analista es la experiencia del propio análisis.

Por otro lado, el análisis sobre todas las cosas enseña que es la operación del Nombre-del-Padre la que otorga las coordenadas respecto del deseo. Así, del análisis resulta la renuncia del objeto. De este modo, el amor puede ser un amor sin límites, sin la limitación del objeto que impone la legalidad arrojada por la metáfora paterna. La liberación de la atadura del objeto da lugar a la operación del deseo del analista sosteniendo la máxima distancia entre el Ideal y el objeto. En este punto Lacan concluye con una advertencia: “El deseo del análisis no es un deseo puro. Es el deseo de obtener la diferencia absoluta, la que interviene cuando el sujeto, confrontado al significante primordial, accede por primera vez a la posición de sujeción a él. Sólo allí puede surgir la significación de un amor sin límites por estar fuera de los límites de la ley, único lugar donde puede vivir.” (pág. 284)

De esta manera, se subraya nuevamente la característica de actualización de la transferencia, de puesta en acto, aquí y ahora. La transferencia es absolutamente actual, aquí y ahora, por estar sujeta al deseo del analista. O sea, no se trata solamente del enamoramiento del paciente hacia el analista, sino que la transferencia no es sin la presencia del analista, ni sin la operación del deseo del analista.

Es por esto que Lacan define a la transferencia como “aquello que de la pulsión aparta a la demanda” (pág. 281) y lleva a la demanda a la identificación, para que la pulsión tenga como destino la repetición de lo que la originó como traumática, pero esta vez, repetición sobre la figura del analista.

La transferencia ocurre independientemente de que opere allí o no el deseo del analista, es consecuencia de ser sujeto del lenguaje. Pero para sobrepasar la repetición que produce, la resistencia al tratamiento que conlleva, los impases a los que llega,

ahí sí el único modo de superarlo, de armar allí algo diferente, es vía la operación del deseo del analista.

Por medio de su operación, dice Lacan, se lleva la experiencia del sujeto al plano en el cual puede presentificarse, de la realidad del inconsciente, la pulsión” (pág. 282) Si la transferencia es la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, el deseo del analista, al operar sobre la pulsión, al ser tomado como objeto de la pulsión en el fantasma, permite a la pulsión un nuevo destino. Se tratará entonces de liberar a la pulsión de algunas fijaciones en el fantasma.

Se insiste en el hecho de que para Lacan, para que haya psicoanálisis, tiene que operar el deseo del analista. Porque tal como él lo define, “es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión”, se refiere a la demanda, “y, por esta vía, aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del *I*, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar.” (pág. 281) La posición del analista no es la del ideal sino la de soporte del objeto *a*. O sea, el deseo del analista opera llevando la demanda a la pulsión.

En “El acto psicoanalítico” (1968, en Otros escritos) Lacan deja asentado que el pasaje de psicoanalizante a psicoanalista es un momento electivo. Se trata entonces de una elección. Y agrega que “el acto acontece por un decir, a partir del cual el sujeto cambia.” (pág. 395) y destituye al sujeto mismo que lo instaura. El acto analítico no es del sujeto ni es del Otro. Es sin Otro y sin sujeto. Para que haya acto analítico, su condición, es que no haya sujeto. No hay sujeto del acto analítico. Pero a su vez, cae del lado del analista, el acto le corresponde al analista. Así, se plantean dos dimensiones del acto analítico.

Por un lado, el acto que le corresponde al analista cuando dirige la cura. Allí, el acto analítico instaura un antes y un después para el analizante. En esta dimensión, el acto le corresponde al analista por ejemplo en el corte de sesión.

Por otro lado, Lacan supone al acto analítico en el momento selectivo en que el psicoanalizante pasa a psicoanalista. En este punto el acto analítico está intrínsecamente relacionado con la cuestión de la formación del analista y con el deseo del analista, que interviene en el dispositivo analítico en la vía del procesamiento de la transferencia. La transferencia opera como condición previa al análisis, a la entrada en análisis. La transferencia es la vía de acceso a la pulsión para hacer la experiencia del inconsciente en un análisis.

Se planteó anteriormente que no hay ser del analista, que más bien se trata del *deser*. El dispositivo analítico es un artefacto simbólico en el que las piezas que operan son la falta en ser, operada por el analizante, que se encuentra con el deseo del analista como respuesta del lado del analista (no al Otro del significante). Entonces no se “es analista”. Sino que a partir del acto analítico que marca un antes y un después, deviene un analista o el analizante pasa a analista. El deseo del analista es un resto que decanta de ello. El encuentro entre la falta en ser y el deseo del analista arroja como resultado la emergencia del objeto *a*.

El acto analítico es lo que inscribe una temporalidad distinta en el derrotero del psicoanálisis. La asociación libre permite la emergencia de la cadena significativa y entre significantes, el sujeto y el síntoma. En tanto que este se inscribe y se sirve de la cadena significativa, desde la asociación libre de parte del analizante y de la atención flotante de parte del psicoanalista, se está en el terreno de la repetición. Sin embargo, el acto analítico viene a interrumpir esa repetición ya que el acto analítico interroga lo que, en el derrotero de la cadena significativa, falla. Esto permite recuperar la pulsión.

Para explicar esto Lacan se sirve de las operaciones de alienación y separación en el Seminario 11. Por un lado, la operación de alienación se produce a partir del hecho de que el analizante se dirige al analista pidiendo un sentido, formulando una pregunta respecto del significado de lo que le pasa. La no respuesta a ello que ofrece el analista, o la respuesta que no se corresponde con ello, deja al analizante bajo un efecto de falta en ser o de pérdida de sentido. Por otro lado, la operación de separación está dada por la emergencia del objeto *a* que viene a dar una respuesta (fantasmática) a la cuestión del ser, “soy ese objeto que se quiere de mí”. Se refiere al “Che vuoi?” del grafo del deseo desarrollado en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (1960, publicado luego en Escritos 1). Así, a nivel del fantasma la pulsión, que es acéfala, tiene una estructura gramatical al estilo de lo propuesto por Freud en “Pegan a un niño” (Freud, Sigmund; 1919) en la que el sujeto no puede pronunciarse.

Entonces, a partir de los cuatro objetos de la pulsión (oral, anal, invocante y escópica) el sujeto se relaciona con la pulsión construyendo su fantasma. Aquí se está a nivel de la constitución subjetiva. Ahora bien, en un análisis el fantasma no solo tiene que formularse. La formulación del fantasma conduce a un impasse subjetivo ya que ofrece al sujeto una respuesta que le permite hacer existir la relación sexual que no hay. Es necesario que esto queda al descubierto a partir de la actualización en transferencia de las operaciones de alienación y separación y que se produzca un atravesamiento del fantasma.

Lacan define al psicoanálisis como una praxis que trata lo real mediante lo simbólico. Y en ese mismo Seminario plantea que los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis son el inconsciente, la repetición, la transferencia y la pulsión. Así, redefine al inconsciente como *realización* sexual, como una hiancia por donde la neurosis empalma con un real. El inconsciente se presenta como fenómeno manifestándose como vacilación. “Así, el inconsciente se manifiesta siempre como lo que vacila en un corte del sujeto -de donde vuelve a surgir un hallazgo, que Freud asimila al deseo- deseo que situaremos provisionalmente en la metonimia descarnada del discurso en cuestión en que el sujeto se capta en algún punto inesperado.” (Lacan, 1964, 1984, Seminario 11, pág. 35)

A partir de Lacan, la transferencia es absolutamente actual, aquí y ahora, por estar sujeta al deseo del analista. O sea, no se trata solamente del enamoramiento del paciente hacia el analista, sino que la transferencia no es sin la presencia del analista, ni sin la operación del deseo del analista. Es por esto que Lacan define a la transferencia como “aquello que de la pulsión aparta a la demanda” (pág. 281) y lleva a la demanda a la identificación, para que la pulsión tenga como destino la repetición de lo que la originó como traumática, pero esta vez, repetición sobre la figura del analista.

La transferencia ocurre independientemente de que opere allí o no el deseo del analista, es consecuencia de ser sujeto del lenguaje. Pero para sobrepasar la repetición que produce, la resistencia al tratamiento que conlleva, los impases a los que llega, ahí sí el único modo de armar algo diferente es vía la operación del deseo del analista.

Por medio de su operación, dice Lacan, se lleva la experiencia del sujeto al plano en el cual puede presentificarse, de la realidad del inconsciente, la pulsión.” (pág. 282) Si la transferencia es la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, el deseo del analista, al operar sobre la pulsión, al ser tomado como objeto de la pulsión en el fantasma, permite a la pulsión un nuevo destino. Se tratará entonces de liberar a la pulsión de algunas fijaciones en el fantasma.

Si para Lacan, para que haya psicoanálisis, tiene que operar el deseo del analista es porque, tal como él lo define, “es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión”, refiriéndose a la demanda, “y, por esta vía, aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del *I*, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar.” (pág. 281) La posición del analista no es la del ideal sino la de soporte del objeto *a*. O sea, se insiste en el hecho de que el deseo del analista opera llevando la demanda a la pulsión.

Solo el acto analítico permite salir de este impasse. Lo que posibilita la efectivización y el pasaje de la operación de alienación a la operación de separación en el análisis es el deseo del analista. A partir de éste, el acto analítico produce una transformación en el estatuto de la indeterminación del sujeto. Al final del análisis, el deseo del analista habilita la destitución subjetiva y el ser o más bien la falta en ser o la división subjetiva queda a la mayor distancia posible de las identificaciones y del Ideal, arrojando como resto el atravesamiento del fantasma a partir de la caída de ese objeto *a* que ha dado respuesta al “Che vuoi?”. El deseo del analista, como operador que sale al cruce a la transferencia, y el acto analítico, como transformación irreversible, conllevan a establecer al final del análisis como un atravesamiento del fantasma. Más adelante en su enseñanza, Lacan ubicará el final del análisis no por la vía del atravesamiento del fantasma sino por la vía del síntoma, la identificación al síntoma y el saber hacer ahí con lo incurable del síntoma.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S., "Sobre la dinámica de la transferencia" (1912). en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1996, Vol. XII.
- Freud, S., "Recordar, repetir y reelaborar" (1914). en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1996, Vol. XII.
- Freud, S., La interpretación de los sueños, Amorrortu, 1905, 1996.
- Freud, S., La represión, Amorrortu, 1915, 1996.
- Freud, S., Pegar a un niño, Amorrortu, 1917-19, 1992.
- Freud, S., Psicología de las masas y análisis del yo, Amorrortu, 1921, 1997.
- Freud, S., Puntualizaciones sobre el amor de transferencia, Amorrortu, 1915, 1996.
- Freud, S., Recordar, repetir y reelaborar, Amorrortu, 1914, 1996.
- Freud, S., Sobre la dinámica de la transferencia, Amorrortu, 1912, 1996.
- Freud, S., Fragmento de análisis de un caso de histeria, Amorrortu, 1905, 1996.
- Lacan, J., El acto psicoanalítico, Otros escritos, Paidós, 2012.
- Lacan, J., El seminario Libro 11, Paidós, 1964-65, 1984.
- Lacan, J., La dirección de la cura y los principios de su poder, Escritos 2, Siglo veintiuno, 1958, 1988.